

La Lectura Popular

PUBLICACION QUINCENAL DEDICADA A LAS CLASES TRABAJADORAS

LA FÉ Y LA RAZON

Creen algunos que la fé es contraria á la razon, y se equivocan. La fé en vez de perjudicar á la razon la eleva y la perfecciona, así como el telescopio lejos de ser contrario á la vista, aumenta su eficacia y la permite descubrir mundos maravillosos.

El que solo cree lo que vé sabe muy poco, mientras que el que cree lo que otros han visto, sabe todo aquello que saben los demás. Tiene fé en la palabra ajena, y por esta fé alcanza á conocer lo que por la esperiencia propia no conocería jamás.

El rústico que no sabe física ni química, creyendo en la palabra del sabio que estudió estas ciencias, se aprovecha de ellas como si las poseyese: su fé le coloca de un golpe al fin del camino que el sabio tuvo que recorrer penosamente valiéndose de la razon. Así, el católico que dá fé á las verdades reveladas por Dios, alcanza por esa fé á poseer los secretos de la vida eterna que permanecen vedados al incrédulo que se obstina en creer solamente lo que alcanza su razon limitada y miserable.

—Pero es que yo estoy seguro de lo que han dicho los sabios—exclamará alguno—porque me consta que han hablado, pero ¿quién me asegura de que ha hablado Dios?

Los mismos que te aseguran que hablaron los sabios; los testigos que le oyeron hablar. Tú no has oído á Bernard el fisiólogo ni á Dumas el químico, ni á Newton el físico, ni á Laplace el astrónomo, y sin embargo crees que han hablado y crees todo lo que han dicho, siendo así que tal vez hayan dicho no pocos disparates. Pues ¿por qué no procedes del mismo modo con los testigos que enseñan las verdades religiosas? La Iglesia con todos sus santos, sus mártires, sus profetas y con todos los innumerables testigos que han presenciado los grandes milagros, dan fe de la divina revelacion, ¿por qué no creer á tanta gente seria y digna de crédito? ¿Por qué no creer lo que aseguran tantos millones de testigos muertos la mayor parte

de ellos por sostener la verdad de lo que vieron?

Replicará otro: es que las verdades religiosas son incomprensibles, y las científicas no.

Falso.

La mayor parte de los misterios de la naturaleza son tan oscuros como los misterios de la religion y sin embargo los escépticos creen en ellos á pié juntillas.

Se dirá que creen porque tocan sus efectos. Pero acaso en la religion no sucede lo mismo?

Un sabio electricista pronuncia un discurso sobre los misterios del mundo invisible refiriendo prodigios asombrosos de la electricidad, el magnetismo la materia imponderable, etc.: el ilustrado auditorio no entiende una palabra de aquella jerga; pero el sabio toma los bártulos, hace un experimento y la gente se queda con la boca abierta diciendo: ¡es verdad!

Pues supongamos que en vez del sabio que nos habla de los fluidos, es el santo que nos habla del mundo de los espíritus; es el mismo Jesucristo que con su divina palabra revela secretos de la vida eterna; la gloria que aguarda á los justos y el camino para llegar á ella; y que despues de haber hablado, en confirmacion de la verdad de sus palabras, en vez de hacer un experimento científico como el sabio electricista, hace un milagro tan estupendo como la transformacion del agua en vino en las bodas de Caná, la resurrección de Lázaro muerto de cuatro dias ó la multiplicacion de los panes y los peces en la célebre montaña donde predicó su sermon de las Bienaventuranzas ¿qué razon hay para no creerlo?

Hácame reir la incredulidad religiosa de ciertas gentes que por una parte son capaces de admitir los mayores absurdos, y por otra cierran los ojos para no ver la luz que se les entra por las puertas.

Se cuenta de Darwin filósofo transformista bastante duro de pelar, que habiendo llegado á sospechar que las plantas se transformaban bajo la influencia de la música, llamó á un profesor de

contrabajo para que tocase una polka á sus judías. La facha que presentaria aquel sabio tocando el violon ante un banal de habichuelas, me representa la que hacen la mayor parte de los incrédulos que no creen en Dios Padre Todo-Poderoso [criador del cielo y de la tierra y creen sin embargo que el mundo se hizo solo al son sin duda de la música celestial.

A. C. y G.

EL DOGMA DE LA PRESENCIA REAL

«Como cosa de un año antes de su Pasion, Jesucristo Señor nuestro, hablando en Cafarnaúm á una gran muchedumbre de judíos, á quienes acababa de hacer testigos de grandes milagros, les dijo estas palabras:

—En verdad, en verdad os digo; aquel que cree en Mí tiene la vida eterna. Yo soy el Pan vivo descendido del cielo. Aquel que coma de este Pan, vivirá eternamente; y el Pan que os daré es mi Carne para la vida del mundo.

Notad bien estas palabras: Jesucristo no da todavía ese Pan vivo, ese pan que será su carne; no hace más que prometerlo. Lo dará en el Cenáculo, como enseña vamos á verlo.

Los judíos y los fariseos se ponen á murmurar, y se dicen entre sí:

—¿Cómo puede suceder esto? ¿Cómo puede ese darnos á comer su Carne?

Esto es precisamente lo que dicen aun en nuestros dias los incrédulos, los blasfemadores de todos los matices.

El hijo de Dios, cuya palabra es la verdad misma, contesta indistintamente á los unos y á los otros, afirmando de nuevo y de la manera más formal lo que acababa de decir:

«En verdad, en verdad os digo: sino comeis la Carne del Hijo del Hombre, y si no bebeis su Sangre, no poseereis la vida.

»Aquel que come mi Carne y bebe mi Sangre posee la vida eterna, y Yo mismo le resucitaré en el último dia.

»Mi Carne es verdaderamente un ali-

mento, y mi Sangre es verdaderamente una bebida. El que come mi Carne y bebe mi Sangre vive en Mí y Yo en él.»

Decidme ahora; ¿es posible expresarse con claridad mayor? ¿Era posible que Jesucristo expresase con términos más formales la realidad de la presencia de su Cuerpo y de su Sangre en el Pan vivo que prometía á sus discípulos?

Pues bien, en la santa Cena, cuando llegó el momento de realizar su misericordiosa promesa, el Salvador encontró medio de hablar, si posible era, más explícitamente todavía. Cogiendo el Pan entre sus divinas manos, lo presentó á sus Apóstoles, y les dijo:

—Tomadle y comed todos de él, por que este mi Cuerpo.

Y despues les presentó el caliz, diciendo:

—Tomadle y bebed todos de él, por que este es el caliz de mi Sangre.

Atended bien: este, es decir, lo que os ofrezco y que parece ser pan, es mi Cuerpo. Este, es decir, lo que parece ser vino, es mi Sangre, es el caliz de mi Sangre.

Es mi Cuerpo, es mi Sangre, no simplemente la figura ó el símbolo de mi Cuerpo ó de mi Sangre; sino el mismo Cuerpo y mi misma Sangre, la sustancia de mi Cuerpo y de mi Sangre, la realidad de mi Cuerpo y de mi Sangre.

La claridad de estas palabras de Nuestro Señor Jesucristo es verdaderamente aterradora para los protestantes, y en general para todos aquellos que no quieren creer en la presencia real. Ella echa por tierra todas las artimañas de los herejes: es como una maza de hierro que pasara por la cabeza de un reptil y se la aplastara sin piedad. Tres siglos hace ya que los protestantes ponen todos sus esfuerzos en luchar inútilmente contra la evidencia, y si el sol de la verdad no penetra completamente en ellos y no los inunda de luz, es porque cierran los ojos, es porque no quieren ver.» (1)

Lo mismo les sucede á los incrédulos de todas las demás clases, especies y categorías. Pero yo les pregunto á todos esos. ¿Es cierto que Jesucristo ha dicho que su cuerpo y sangre existen realmente presente en el Santísimo Sacramento del altar? Si. Es cierto que Jesucristo ha demostrado con diez y nueve siglos de asombrosísimos milagros que es Dios, que es la segunda persona de la Santísima Trinidad; hipostáticamente unida con la humanidad

y por tanto que no puede engañarse en lo que dice?

Sí.

Luego dudar del misterio de la Eucaristia porque en sí es para el hombre cosa incomprensible, es una insigne locura, mucha mayor locura que sería el dudar de lo que afirma un sabio químico porque su ciencia no está al alcance del que le escucha, siendo así que da testimonio de su ciencia con hechos indiscutibles.

A. C. y G.

LA PROTECCION DE LA VIRGEN

De una carta recibida de Santiago de Chile, que publica la Revista *La Sainte Famille*, extractamos la relacion del siguiente suceso, que manifiesta una vez más la eficaz proteccion de la Santísima Virgen, Madre y Señora nuestra en favor de sus fieles devotos.

Una señora, Doña María Garay, y su esposo D. Simón Murcia, tenían un almacén de especias y telas en el campo, á dos ó tres leguas de Buin, donde residían con sus siete hijos. La señora, habia venido á Santiago de Chile á pagar una deuda de gratitud á Ntra. Señora del Perpétuo Socorro, confesando y comulgando por un doble y señalado favor que le habia concedido la Virgen.

Fué el primero curarla, despues de una Novena, de una grave enfermedad que la tuvo postrada cuatro años en el lecho totalmente paralítica, y de la que sanó súbitamente el último día de la Novena.

El segundo favor es tan notable que transcribimos sus propias palabras cuando nos refirió el hecho.

«Hace seis meses tuvo mi marido que ausentarse para hacer varias compras en Valparaiso, y me dejó sola con mis siete hijos, el mayor de once años. Grande fué mi temor por estar la comarca infestada de ladrones y mi almacén cerca de la poblacion. Resolví hacer á la Virgen del Perpétuo Socorro. Guardiana de mi casa, y coloqué su estampa entre el almacén y la puerta de mi alcoba. Reuní á mis hijos y les dije: «Vais á rezar á Nuestra Señora, Guardiana de la casa, y suplicadla que no vengan esta noche á robarnos ó asesinarnos.» Y mis niños se pusieron de rodillas ante su imagen, y juntando sus manecitas inocentes hasta el pequeñito que solo tenía dos años, y que imitaba á sus hermanitos, dijeron á un mismo tiempo: «¡Virgen del Perpétuo Socorro!

¡Defendednos esta noche! protegednos!» Y esta tierna plegaria debió conmovér el corazón de María.

«Era la una de la mañana cuando me desperté y oí cuchichear al rededor de la casa: eran voces de hombres... «¡Dios mío! ¡Virgen Santísima...! —exclamé, —salvadme...; ¡salvad á mis hijos...!» No pude decir más; sentí un frío glacial que me paralizó en mi lecho... Oí grandes piquetazos, como si quisieran echar abajo la puerta, que fuertemente cerrada y sólida no cedió; entonces los bandidos abrieron un agujero en la pared hecha de adobes cocidos, como están construidas aquí las casas, y abierto el agujero penetraron en el almacén. Sólo nos separaba la puerta de la alcoba, sin llave, ni cerrojo. Pero la Virgen es más poderosa que todo un ejército... Oí que abrían esta puerta y mi temor llegó á su colmo. «¡Todo está perdido, —me dije; —vida, honor y fortuna!»

«Oí cerrar despues la puerta tres veces seguidas, y que sacaron género, cajas, etc., y luego, nada, nada... hasta la salida del sol. Me habian robado más de siete mil francos en telas, azúcar y otras mercancías. Pero en fin, no nos habian asesinado.

«Al medio día pasó un hombre montado en un caballo y me dijo: —«Señora, los ladrones están á una hora de distancia en el bosque repartiéndose lo robado; voy á Buin á prevenir á la Gendarmeria.» —y picó espuelas y partió á galope. La Gendarmeria prendió á los ladrones, que eran seis, y restituyéndoseme lo robado, los llevaron á la cárcel. Algunos días despues comparecieron el jefe de los ladrones y sus cómplices ante el Tribunal; aquél era terrible; habia cometido más de treinta asesinatos y atrocidades enormes. Su placer era, sobre todo; matar niños. Preguntóle el Juez como siendo tan sanguinario no habia asesinado á la señora y á sus niños, y contestó: —«Así era mi propósito, y quise entrar en la alcoba, armado de un puñal; pero al abrir la puerta sentí una mano que me tiró hácia atrás y una voz que me dijo: —«No entres» —y no me atreví. Dos veces quise entrar y dos veces me retiró la misma mano. Tuve miedo, sentí un frío extraño en todo mi cuerpo, y dije á mis compañeros: —«¡Vámonos!» «Ya podéis comprender, padre mío, concluyó la señora, cuánto debemos á Nuestra Señora del Perpétuo Socorro. ¡Ah! nunca, nunca la olvidaremos yo y mis hijos» —dijo llorando muy conmovida esta ex

eelente cristiana.

Nosotros concluiremos diciendo:—
«Mujer, tu confianza te salvó. ¡Bendita sea la Guardiania de tu casa, Nuestra Señora del Perpetuo Socorro.»

VARIEDADES

Pan y catecismo

La importancia que han adquirido los debates en el Senado acerca de la autorización concedida á las Congregaciones religiosas de Filipinas para vender sus bienes, ha hecho que intervengan en aquella discusión interesantísima los Rvdos. Prelados de Salamanca, Oviedo, y el Cardenal Monescillo, Arzobispo de Valencia,

El eminente Purpurado trató magistralmente la cuestión social, atribuyéndola á la desamortización y á las manos rotas de la revolución, que dejaron sin asilo al huérfano y eliminados á los pobres de las carreras del Estado.

«Esto es tan cierto, dijo, y de ello tengo tanta experiencia, que puedo manifestar que son muchos los pobres que han dejado la carrera, y tal vez contra su voluntad y su vocación, se han acercado á las casas de los eclesiásticos, á los Seminarios, porque allí recibían la instrucción: 70 pobres mantengo en el Seminario, sí; á 70 pobres se les dá la carrera gratuita, por que estos no pueden ir ni á un Instituto ni á una Universidad. ¿Sabéis porqué, señores Senadores? Yo os lo diré, pues soy hombre práctico: porque un pobre estudiante, un hijo de un jornalero, no puede pagar, solo en libros, en un monton de libros como el que ha presentado mi digno compañero el Obispo de Salamanca, 15 ó 20 duros, que no pueden ahorrarse por el jornal de un hombre honrado.

«Pues voy á referir ahora lo que sucede, y espántense los señores Senadores, que yo de nada me espanto ni tengo de que espantarme (¡tales cosas oigo y tales cosas veo!); ¿saben los señores Senadores lo que pagó de matrícula el que tiene la honra de dirigiros la palabra? Dos reales, y cuatro de prueba de curso, y á no ser eso yo no estaría en este lugar, pues no hubiera podido seguir la carrera.

«Esto es lo que ha hecho siempre la Iglesia, madre de los pobres: protegerlos y no irritarlos ni acosarlos por el hambre para que den armas al socialismo.

«Esta cuestión de las clases necesitadas, que constituye tan grave problema, la resuelvo yo en dos palabras diciéndoos: Dad á los pobres pedazos de pan y hojas de catecismo (¡Muy bien!; y este muy bien lo decían los compradores de bienes nacionales.)

«Esto es lo que necesitan los pobres, y esto es lo que da la Iglesia. Y al mismo tiempo que les enseña á conocer el verdadero Dios, los quita de los brazos del panteísmo y del egoísmo, forma sus entendimientos y sus corazones, y les lleva de la mano á la escuela, y allí vé, al lado del maestro, al Pá-

roco que les dice: «Temo á Dios, y ámale sobre todas las cosas;» y de este modo sobre el dogma católico, se funda la moral que consuela, la moral que los preladados, los eclesiásticos y los misioneros predicán por el mundo. Sobre todo los misioneros que fundan esas venerandas órdenes religiosas que yo me he regocijado en ver defendidas por los señores Obispos de Oviedo y de Salamanca.»

Proposición utilísima

Se ocupa actualmente la Sagrada Congregación de *Propaganda Fide* en una proposición utilísima presentada por uno de los Diputados del Centro Católico de Prusia.

Esta proposición consiste en reunir en un vínculo común, autorizado por la Santa Sede, á todas las Asociaciones de Europa que se dedican á proteger á los emigrantes á América.

Esta confederación de Sociedades católicas fundaría comités de patronato para los emigrantes en todos los lugares de Europa donde se efectúa el embarque, las cuales juntas habrían de estar en relación constante con otras similares de los puertos de América, donde se hace el desembarco. El fin de estos centros sería, ante todo, disuadir á los europeos de que se pusiesen en camino abandonando su patria natal; mas si persisten en querer emigrar, hacer todo lo posible á fin de dirigirlos á donde sufran menos y procurar que no olviden la Religión católica, base fundamental de toda prosperidad humana. Y á fin de conseguir este intento novísimamente, procurarán que á cada grupo de emigrantes les acompañe un Sacerdote, y que tengan allá, en América, los europeos iglesia, párroco y escuela propia en su misma lengua y de su misma nación.

La Iglesia protegiendo siempre al hombre en todas partes y atendiendo al socorro de sus necesidades.

La moral en la Roma liberal

Son tan negativos los progresos de la moral pública en Roma, bajo el régimen actual, que las prisiones se hallan materialmente atestadas de presos; y no habiendo local suficiente para contener á los que sin cesar aumentan su número, se ha adoptado la medida de dejar en libertad provisional á algunos de los menos culpables.

Es decir que los pícaros no caben ya en la cárcel y el gobierno los deja en la calle.

Lo que podía hacer si la necesidad aprieta, sería sacarlos á todos y meter en la cárcel á los hombres de bien.

Y no será extraño que acabe por hacerlo.

¡Gracias á Dios!

Mons. Audo, Obispo caldeo, escribe á un señor Canónigo de Bayona lo siguiente:

«Os anuncio la consoladora noticia del ingreso en el Catolicismo de los nestorianos caldeos, que en número de 200.000, con sus obispos y sacerdotes, han abjurado la herejía de Nestorio, que habían profesado desde principios del VI siglo de la era cristiana.»

Esto es debido á la Obra de las Escuelas de Oriente,

Lección práctica

En un pueblo del departamento de Drôme ha tenido lugar la siguiente aventura que refiere el *Menager de Valence*:

El adeano destinado á dar aire al fuelle de la parroquia es un pobre hombre, un patán de una sencillez fenomenal, que había llegado á creer que en efecto todos los hombres se han hecho iguales en todo y para todo. Un día se presentó al señor Cura en su casa.

—Señor Cura—le dijo dando vueltas entre sus manos á la gorra, cabizbajo y algo vacilante.

—¿Qué hay! Juan.

—Pues...hay...hay, la verdad, señor Cura, lo que hay es que las cosas no van con la igualdad que dicen.

—Explícate, Juan, que no te entiendo.

—Pues, si señor,—dijo el patán envalentonado—eso de estar yo siempre dale que te dale al fuelle del órgano, es trabajo pesado y...además, señor Cura...muy mal pagado... ¡cien pesetas al cabo del año!...Mientras que el señor Talbert (así se llamaba el organista) le dan cerca de cinco mil reales, yo me estoy describando, trabajando de pié todo el tiempo, y el señor Talbert, muy arrellanado en su asiento, no hace más que dejar correr sus dedos, como quien da sobre una mesa. Eso, señor Cura, eso no está bien con la igualdad; al fin mi trabajo es más.

—De modo, Juan, que tú querrias....

—Justo, señor Cura, que mi paga sea más:

—El caso es que tal vez tienes razón, Juan; pues bien, mira, ya lo pensaré.

Al cabo de unos días:

—Juan—le dijo el Cura—he hablado de tu asunto con el señor Talbert: él es jóven: tú, ya vas entrando en años: él ha reconocido que esta situación no está conforme con las reglas de la igualdad. He aquí lo que ha pensado: él, desde luego te reemplazará en la tarea de dar al fuelle, y tú mientras tanto, no harás mas que *dejar correr los dedos; muy arrellanado en tu asiento.*

—Pero—dijo Juan estupefacto—es que yo no sé como hacer correr los dedos.

—¡Ya....! entonces eso ya no es igual; pero también ¿quién había de imaginar que tú no sabes hacer correr los dedos como el señor Talbert?

Eso no está conforme con las reglas de la igualdad.

Y Juan no tuvo aumento de sueldo, y se lo explicó perfectamente.

La obra de los masones

Hallábame en Nant, pequeña ciudad del Aveyron: tuve ocasión de ver una pobre mujer artesana, de bastante edad, cuya profunda tristeza me había llamado la atención desde hace tiempo: supe que había perdido el único hijo que tenía, y queriendo manifestarle la simpatía que me inspiraba su dolor, la hablé del motivo de su pena. He aquí lo que ella me refirió:

—“Tenía yo un hijo; hijo único, ¡al que consagraba todo mi cariño.....! ¡Él también me quería mucho.....! Tenía bastante disposición, y yo le tuve asistiendo á la escuela largo tiempo.

„Ganaba todos los premios en las clases: me tenía orgullosa, quizá con exceso. A los diez y seis años hizo oposicion á un empleo: logró figurar el primero. Todos me decían que le esperaba un brillante porvenir. Consentí en dejarle salir de mi lado para ocupar su colocación: al despedirme le dije estrechándole en mis brazos:—¡Hijo mío! ¿quieres mucho á la Virgen Santísima: no olvides que Ella no ha abandonado nunca á los que recurren á su amparo, ¿me lo prometes, Carlos mío? — Sí, madre, sí; — me dijo él abrazándome con cariño....

„Partió para Marsella: al principio me escribía con frecuencia; ¡qué cartas tan llenas de cariño y de expansión.....! Pero después llegaron á ser menos frecuentes: después.... eran escasas.... después.... yo lloraba, yo pedía á Dios por él. Pasó mucho, mucho tiempo, y un día recibí un telegrama que decía: *venid pronto: vuestro hijo os llama.* Inmediatamente me puse en camino: veinticuatro horas después me encontraba en Marsella: corro á la casa en que habitaba Carlos: el portero quiere impedirme subir.... — Soy su madre, le dije con energía, y subí la escalera como una loca. Entré en el cuarto de mi hijo á pesar de dos caballeros que querían impedírmelo.

„¡Pobre Carlos! ¡Hijo mío! ¡qué mal estaba!... El pobrecillo me estrechaba entre sus brazos y me decía: — “Yo la he invocado, madre, Ella, Ella es la que te envía: ¡un sacerdote! un sacerdote!.....” Procuré tranquilizarle y me contó cuanto le había pasado. Me confesó que había tenido la desgracia de frecuentar malas compañías, hombres sin fé: se había hecho francmasón, jurando vivir y morir sin Dios: ¡pobre hijo de mi alma!... Vino la enfermedad, y viéndose acercarse la muerte, se había acordado de que era cristiano. Había pedido un Sacerdote; pero se lo habían negado. Dos de sus amigos se habían instalado como centinelas del dominio para impedir que se acercase ningun sacerdote: la mujer que le asistía, se negó también á buscarlo: ¡una mujer!... y Carlos sentía que se moría.... Entonces vino á su memoria mi última recomendación, cuando nos despedimos, y una fervorosa oración á la Virgen subió del corazón á sus labios: no cesaba de repetirla en alta voz.

„Una joven — más bien un ángel — al pasar por cerca de aquella habitación oyó aquella sentida plegaria. Aprovechando la ausencia de la mujer que asistía á mi hijo, se atrevió á entrar, y enterada de todo, se apresuró á enviarme un telegrama que me hizo correr á salvar á mi hijo, lanzando fuera á sus amigos con sola mi presencia.—Figúrate, madre, — me decía, — que querían á todo trance apoderarse de mi cuerpo para enterrarle á su modo; y no hacían más que instarme para que firmase un escrito, autorizándoles con ese objeto.... ¡holoso no, madre no, jamás: á ti te hubiera costado la vida.

„Como yo ya tenía suplicado á un sacerdote que me siguiera, no tardó en llegar. Oyó la confesión de mi hijo, le infundió ánimo y confianza santa. Todavía estuve dos días más con él, sin separarme de su lado; al acabar el segundo día, me atrajo hacia él con su mano temblorosa y suspiró á mi oído estas palabras: — ¡Madre? si, ¡Ella te ha traído!... ¡Un momento después mi pobre Carlos expiró en el seno de la misericordia divina!

Leemos

“El emperador Guillermo II ha mandado que se de la licencia absoluta en el ejército alemán al coronel Zóller en cuanto fué nombrado Gran Oriente de la masonería de Prusia. Sabido es que el joven emperador es enemigo franco y decidido de los masones.

Ha hecho muy bien.

Pero no se apure el coronel Zoller, pues si no puede continuar en el ejército activo por ser mason, bajo el imperio de un monarca protestante, puede venirse á España, donde los partidos que se llaman gubernamentales y católicos permiten que la masonería prospere á sus anchas.

¡Pobre España!

Y más que pobre

El Landthing y el Folketing de la protestante Dinamarca acaban de dictar una ley en virtud de la cual ley, las tiendas y almacenes deberán cerrarse los domingos y días de fiesta legal desde las nueve de la mañana. Solo los barberos y peluqueros podrán tener abiertos sus establecimientos hasta la hora del mediodía. Los despachos de bebidas y cafés podrán quedar abiertos, pero no proporcionarán á sus clientes más que determinados artículos. En cuanto á las fábricas, oficinas y talleres deberán estar también cerrados desde las nueve de la mañana hasta la media noche. Por último, los empleados de tranvías, carruajes y postas, deberán gozar un día de reposo por semana, con la obligación de que este día caiga todas las quinceas en un domingo.

He aquí un proyecto superior en mucho al presentado recientemente por el gobierno de la católica España. Y eso que lo redacta un gobierno protestante.

Saquesé la consecuencia.

EL ÍDOLO DEL YO

Huye siempre del abismo
De que va tu orgullo en pos:
El olvido de tu Dios,
La adoracion de tí mismo.
Si á él te arrastra el egoismo,
Ponle sin disculpa freno,
Que el amor propio es veneno
Que la inocencia marchita,
El alma del malo agita
Y gasta el alma del bueno.

O. y B.

ENIGMA

Tengo la razón cautiva;
Nadie agrada á Dios sin mí;
Obra, y consérvame viva,
Si deseas ver arriba
Lo que no pudiste aquí.

La solución en el número próximo.

**LECTURAS POPULARES
CUENTOS ARTÍCULOS Y DIÁLOGOS
DE BUEN HUMOR
de A. C. y G. director de
LA LECTURA POPULAR
TERCERA COLECCION
ILUSTRADA CON BONITAS VIÑETAS POR
D. José María Suay**

PRECIO UNA PESETA.

Los pedidos acompañados de su importe á la administración de “La Semana Católica,” Bolsa 10 principal.—Madrid:

NOTA.—De la colección segunda quedan ejemplares la primera está agotada, y se haya en prensa la segunda edición.

LA LECTURA POPULAR.

—(—)

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

La suscripción se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de acción.

Cada acción da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sean doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, obrarios, feligreses, etc., ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caseríos, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

PRECIOS DE SUSCRICION DIRECTA.

Una acción.	4 pesetas mensuales.
Media id.	2 “ “
Un cuarto id.	1 “ “
Un octavo id.	0’50 “ “

Dirigir la correspondencia á D. Pascual García, administrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse también la suscripción en Madrid en la administración de “La Semana Católica,” Bolsa 10 y en las demás librerías católicas.